

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA EDUCACIÓN SUBCONSCIENTE DE LOS NIÑOS I

Bonfin, 17 de julio de 1976, Extracto

Lectura del pensamiento del día:

“Debido a la educación que han recibido en su infancia, es muy difícil, para la mayoría de los humanos, modificar después su forma de vivir. La infancia y la adolescencia son unos periodos muy importantes durante los cuales el niño debe estar rodeado de seres que conozcan las verdades iniciáticas. Si el niño está ya deformado desde su más tierna infancia, sus instructores, cualesquiera que éstos sean, ya no podrán después arreglar gran cosa.

Lo que se inculca a los niños en materia de religión, por ejemplo, deja en ellos una huella tan profunda que, cuando son adultos, ya no pueden deshacerse de ella. Algunos me dicen: “Siento que usted tiene razón, estoy absolutamente de acuerdo con lo que usted dice, pero en mi infancia me instruyeron de otra manera y no puedo cambiar.” Cuando hablo del Sol, de su papel en la vida espiritual, o cuando hablo de la naturaleza, diciendo que ella es el verdadero templo del Señor, inmenso, indestructible, cuando trato de ampliar sus concepciones en lo que concierne a la comunión, a la misa, a la reencarnación, ven que todo eso es sensato, lógico, verídico, pero la primera huella que recibieron sigue siendo la más fuerte. Por eso, tengan cuidado con sus hijos, porque, una vez que ciertos clichés hayan sido grabados, por mucho que comprendan y vean la verdad con sus propios ojos, ya no podrán escapar a estas primeras improntas.”

* * *

Los adultos todavía no comprenden la psicología de los niños. Algunos padres, por ejemplo, no prestan suficiente atención a la forma en que hablan a sus hijos. No cesan de tratarles de incapaces, de inútiles, de idiotas, y los hijos, sugestionados, hipnotizados, al cabo de algún tiempo se

convierten realmente en unos estúpidos e incapaces. Estos padres deben saber que la palabra es poderosa, que actúa, y que todo lo que los padres dicen puede tener una influencia inmensa sobre sus hijos. ¿Por qué tienen que amenazarles con el coco, con el lobo, con la guardia civil, para que obedezcan, o para que se estén quietos? ¿Por qué, a la menor tontería que hacen, les llenan de maldiciones? No saben que, después, toda su vida se sentirán amenazados, en peligro, que serán unos neurasténicos.

¡Cuántas anomalías podemos observar en la actitud que tienen los padres con respecto a sus hijos! Sin hablar de todos los actos o actitudes que creen poder permitirse con el pretexto de que el niño es pequeño, de que no ve, de que no se da cuenta de las cosas: discuten delante de él, se pelean, hacen el amor... El niño, claro, no es verdaderamente consciente de lo que está pasando, pero todo se inscribe en él y, a menudo, ciertos trastornos que aparecen más tarde son debidos a escenas a las que asistieron cuando eran bebés. Los padres son, pues, los primeros ignorantes, a los que habría que instruir. Por otra parte, algunos se dan cuenta de que sus hijos son más inteligentes y maduros, y, a causa de sus hijos, se ven obligados a corregir su propio comportamiento.

Ahora, me gustaría revelarles un método que va a permitirles realizar un gran trabajo sobre sus hijos. Sólo que, para obtener resultados, deben creerme; mientras sigan conservando sus opiniones tan limitadas, no avanzarán. Aunque su intelecto encuentre que lo que yo digo es insensato, inverosímil, deben aceptarlo y creerlo. Por otra parte, ¿qué pruebas tienen de que su forma de considerar las cosas sea verídica? Venga, muéstrenmelas... ¡No pueden hacerlo!

Cuando vemos en la vida todos estos desórdenes, todos estos fracasos, estas desgracias, podemos sacar la conclusión de que el razonamiento de la gente, sus puntos de vista no son tan impecables como se imaginan. Pero ni siquiera se plantean la cuestión. Echan siempre la culpa al régimen político, al buen Dios, a la sociedad, a los padres, al vecino... Nunca encuentran que su forma de pensar sea la culpable, que su juicio sea imperfecto, que su saber pueda ser incompleto o su inteligencia defectuosa. No, no, ellos son perfectos, son impecables. Pues bien, hay que revisar esta actitud; éste es el único buen consejo que puedo darles, la única llave que les abrirá todas las puertas. Sí, revisen sus opiniones, dejen de estar persuadidos al cien por cien de que su manera de ver las cosas es perfecta, y acepten lo que les dicen los Iniciados, hasta el día en que estén suficientemente preparados para alcanzar las verdades por ustedes mismos.

Aquí tienen, pues, el método que quiero dar a los padres. No figura en ningún libro de pedagogía, no se enseña en ninguna Universidad. Es para las madres que tienen niños pequeñitos, recién nacidos que todavía no pueden hablar, ni siquiera comprender lo que se les dice. Mientras su bebé está dormido, la madre se pone junto a su cama, o bien lo toma en sus brazos, y le dice dulcemente: “Hijo mío, te quiero mucho, pienso en ti, quiero que llegues a ser grande, noble, luminoso, divino, que estés lleno de inteligencia, de fuerza, de pureza, de bondad...” y le habla, de esta manera, de todo lo mejor que desea para él. Quizá algunos encuentren que este método es insensato, pero aquéllos que conocen las grandes leyes del universo me aprobarán, porque saben que el verbo es todopoderoso. Las palabras de la madre se grabarán, pues, en el subconsciente del niño, y, aunque de momento éste no comprenda nada, estas palabras van a trabajar sobre él en el sentido que hayan escogido.

Que las madres hagan esto cada día, cada tarde, o hasta durante la noche. Que hablen a su hijo, acariciándole la cabeza, así, suavemente, diciéndole todas las fuerzas, todas las cualidades y virtudes que posee, y que más tarde desarrollará. Que le hablen así de su futuro: de que será feliz, de que será grande, de que va a convertirse en un ser excepcional. Que pronuncien solamente las palabras más poéticas, las más maravillosas.

En general, para educar a los niños se espera a que éstos sean capaces de una cierta comprensión intelectual. Entonces, se les dan explicaciones, y se cree que eso es la educación. No, las explicaciones nunca tienen un gran valor pedagógico. En pedagogía, el único método verdaderamente eficaz es el ejemplo. Muéstrenles concretamente a los niños lo que deben hacer, háganlo ante ellos, y no expliquen nada. Muéstrenles cómo se lava, cómo se limpia, cómo se ponen las cosas en orden, cómo se pone la mesa, cómo se prepara la comida... Los niños son como pequeños monos: en cuanto ven hacer algo, ellos lo hacen también.

Y si, ahora, alguno me dice: “Antes de hacer lo que usted aconseja, quiero primero comprender exactamente cómo suceden las cosas y cuáles son los procesos mágicos que se producen en el dominio etérico.” ¡Bueno, bueno!, si esperan a haberlo visto y comprendido todo para empezar a ejecutar, esperarán durante siglos, y, mientras tanto, su hijo se volverá un granuja. Venga, ocúpense desde ahora de él, porque tienen una gran responsabilidad.

Y lo que es maravilloso es que, cuando manifiestan este amor por su

hijo, hay colores radiantes que salen de su corazón, de su cabeza, e incluso ciertas entidades luminosas, atraídas y conmovidas por toda esta belleza, deciden quedarse junto al niño para trabajar sobre él. Así que, les suplico, dejen de lado su intelecto, si no creen; crean ciegamente lo que hoy les digo, porque ganarán mucho con ello, ustedes y sus hijos. ¿Acaso conocen suficientemente todas las leyes del mundo psíquico, del mundo espiritual, para poder pronunciarse y negar lo que yo digo? Mientras sean todavía ignorantes, tienen necesidad de creer y de seguir a alguien que les sobrepasa... Así pues, que las madres hablen a sus hijos, aunque éstos duerman, aunque no las comprendan. Algunas dirán que les hablan con el pensamiento. Pero eso no basta, porque existe una gran diferencia entre el pensamiento y la palabra.

Un día me encontraba en Ámsterdam, donde daba una conferencia, y en el auditorio había representantes de varios movimientos espiritualistas... Entre otras cosas, decía que, al meditar, acumulamos una gran cantidad de energías psíquicas, y que muchas personas, que se contentan con meditar, sin pronunciar nunca palabras, sienten que estas fuerzas acaban perturbándoles. ¿Por qué? Porque no han sabido darles una salida, una orientación. Hay que pronunciar, pues, unas palabras, para que todas las entidades que la meditación ha reunido se precipiten en la dirección que la palabra les indica. ¿Por qué la palabra? ¿Acaso no es suficientemente poderoso el pensamiento por sí sólo? Sí, pero el pensamiento sin la palabra es como si escribiesen toda clase de promesas y de compromisos en un papel, pero sin firmar el papel. Mientras no firmen, las promesas no son válidas. Pueden declarar, prometer o legar todo lo que quieran, sin firma, nadie tomará en consideración su papel. Ante el mundo, lo que cuenta es la firma. Pues bien, para su trabajo espiritual la palabra es como una firma.

Cuando dije esto, el presidente de la Sociedad Antroposófica de Holanda dijo: “¡Ah! ¡esto es nuevo para nosotros!” Estaba maravillado. ¡Sí!, son verdades que muchos no conocen. La palabra es, pues, muy importante. Pueden pensar durante horas, si quieren, pero, si desean desencadenar algo, dar un impulso para que su pensamiento se concretice aquí, en el plano físico, la palabra debe intervenir. El pensamiento es todopoderoso en el plano psíquico, pero la palabra es todopoderosa en el plano físico. Utilicen esta verdad y obtendrán grandes resultados. Sólo que, claro, no pronuncien palabras sin haber formado previamente en ustedes un pensamiento muy vivo, sostenido por un sentimiento poderoso, porque, si no, sus palabras estarán vacías, no tendrán fuerza, y no producirán ningún resultado.

Hasta los niños que me escuchan aquí, siempre graban un poco de lo que digo. Más tarde, todo lo que hayan grabado de esta manera, sin comprenderlo, aparecerá en su consciencia, y entonces podrán aprovecharlo; se servirán de ello y tendrán mucho más éxito que los niños que han sido apartados de ciertas cuestiones con el pretexto de que todavía no eran de su edad.

Es como los niños a los que sus padres llevan cada mañana a la Roca para ver la salida de Sol. Se puede pensar que sería preferible para estos niños permanecer tranquilamente en la cama. Pues no, porque, aunque se duerman en la Roca, se impregnan de este ambiente de oración, de meditación, de contemplación; reciben los rayos de Sol, que son espíritus conscientes (¡lo que la ciencia todavía no ha descubierto!) y estos rayos, que trabajan sobre el cuerpo etérico de los niños, dejan huellas en él. Algunos años después, cuando ciertos camaradas traten de arrastrarles a cometer actos reprobables, estos niños sentirán dentro de ellos una resistencia, una fuerza que les retiene en el camino de la pureza, de la luz y de la inteligencia. Aunque no sepan su origen, esta influencia está tan profundamente anclada en ellos que se ven obligados a constatarla. Por eso la educación debe hacerse antes incluso de que el entendimiento aparezca en el niño.

Y yo fui mucho más lejos, diciendo que después del nacimiento ya era demasiado tarde para empezar la educación del niño. Sí, los padres ya no tienen entonces ningún poder para influir en el niño. Deben hacerlo antes del nacimiento, e incluso antes de la concepción. Es entonces cuando empieza la verdadera educación, la que es poderosa, eficaz, real, inmutable. Una vez que el niño ha nacido, si ha recibido de sus padres una quintaesencia de mala calidad, ya es totalmente inútil poner maestros para educarle. Ni siquiera el sabio más grande va a lograr transformarle. Hagan lo que hagan, será un bruto o un criminal... Sólo pueden conseguir darle una pequeña capa de barniz, eso es todo; pero, en cuanto lo dejen sólo, o en unas condiciones menos buenas, manifestará de nuevo su verdadera naturaleza.

En realidad, pues, cuando digo que hay que ocuparse del niño antes de que su comprensión se despierte, voy muy lejos: hasta antes de su nacimiento. Hay que empezar a educarle cuando está aún en el seno de su madre. Y es la madre, sobre todo, la que debe hablarle, decirle todas las cualidades que desea para él, todos los actos magníficos que desea verle llevar a cabo más tarde. Pocas madres, evidentemente, admitirán que tengan

que educar a un niño que todavía no ha nacido, y que, por tanto, no comprende absolutamente nada. En realidad, sí, el espíritu del niño comprende, está ahí, presente, junto a su madre, trabaja con ella para formar su cuerpo físico y sus cuerpos sutiles. En el momento en que la madre pronuncia unas palabras, que son poderosas, que son mágicas, emana ya ciertas partículas, y el espíritu del niño que debe encarnarse las toma como materiales para construir sus diferentes cuerpos. El niño mismo no posee nada, recibe todos los materiales de su madre. Por eso, al dárselos, la madre debe estar muy consciente, y, darle solamente, con sus pensamientos y sus sentimientos, las partículas más luminosas y más puras.

Ya sé que las cuestiones filosóficas no corresponden aún a la edad de los niños y adolescentes que están aquí, que están más interesados en toda clase de diversiones y distracciones. Pero, a pesar de eso, permaneciendo aquí entre adultos que hacen todo lo posible para vivir de acuerdo con las reglas de la Enseñanza, aunque estos jóvenes no comprendan todavía la profundidad y el sentido de las cosas, todo se graba en ellos. Y cuando, más tarde, se encuentren ante grandes problemas a resolver, sabrán actuar y conducirse mejor que los demás, porque habrán recibido aquí un impulso hacia el bien. Y, aunque no hayan sentido nada, de momento, lo que aquí han visto y oído seguirá influenciándoles durante toda su vida. Por eso los jóvenes deben participar en nuestro trabajo.

Mi pedagogía es nueva, lo sé, hasta rara, pero da resultados. Cuando un niño come, no comprende todavía todas las energías que este alimento va a aportarle, y cómo van a contribuir estas energías a su desarrollo físico, moral, intelectual, pero no se espera a que el niño comprenda para darle de comer. Pues bien, tampoco hay que esperar a que comprenda para introducir en él elementos divinos. Si tuviésemos que esperar a que los niños fuesen capaces de comprender la vida espiritual para dársela, pronto estos niños estarían muertos, espiritualmente muertos. Y eso es lo que sucede a menudo. Esperan a que los niños tengan edad para recibir una educación espiritual, y, con esta espera, les dejan empantanarse tanto en una vida mediocre que, cuando quieren enderezarles, ya es demasiado tarde, ya no hay nada que hacer.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, siempre tenemos necesidad de instruirnos para mejorar nuestra vida. Dejen de lado sus prejuicios, sus tradiciones, sus puntos de vista, y tomen las ideas nuevas que les doy. Porque, si se obstinan en rechazar la filosofía de los Iniciados, continuarán durante mucho tiempo chapoteando, sintiéndose desgraciados,

desequilibrados. No tengan una confianza inquebrantable en ustedes mismos... a menos que tengan un juicio perfecto, una intuición infalible de la verdad. Si éste es el caso, no cedan jamás ante nadie, ni siquiera ante mí. Hay un sólo caso en el que tienen derecho a llevarme la contraria: si sus certezas son divinas, magníficas, y siempre han dado resultados maravillosos en su vida. Pero, si sus elucubraciones personales les han puesto ya cientos de veces en el atolladero, y me llevan la contraria, ¡es grotesco!

¿Ven?, está claro. No pueden decir que quiero influenciarles a todo precio. No. Si sus convicciones son divinas, no cedan ante nadie, pero, si son tendencias demasiado animales, prejuicios demasiado humanos, no utilicen toda su fuerza para mantenerlos y reforzarlos, porque ellos les perderán.

* * *



www.laenseñanza.org